

te tengo, y ha hecho esto mismo de mí y lo que ha querido este mi amor, como la muerte hace su voluntad con los hombres, sin ser ellos parte para defenderse de ella. Deseo también, esposa, que me ames solo, sin amar á otro, así porque mi amor lo merece, como por el tormento que reciben con los celos los que aman como yo, que te certifico que no les es menos dura y grave la imaginación celosa que la vista de la sepultura, y mas fácilmente sufren que les digan: En este sepulcro que está abierto te han de echar agora, que si les dijese: La que tú amas tiene otro amado; por eso ten cuenta de amarme solo, así como solo lo merezco por el encendido amor que te tengo. Y tornando el esposo á hablar y recordar su amor debajo de esta figura de fuego amoroso que arde en el corazón, dice que son brasas de llamas de Dios; quiere decir: Son brasas vivas y de fuerte llama. Mayor y mas ardiente fuego es este que el que acá se usa, porque el fuego de acá con echarle un poco de agua se apaga, mas el fuego del amor vence á todas aguas; echándole agua, arde mas y se embravece mas, aunque se derramasen sobre él los ríos enteros; así que, tan fuerte es el amor, que no basta todo el poder de la tierra para lo vencer, ni tampoco se quiere dejar vencer por dádivas ni sobornos, porque no se abate á nada de esto el amor, por su gran majestad.

Así dice: Afirmando que si el hombre quiere rescatar del amor, cuando él cautiva á alguno, y le diese cuantas riquezas y haberes que en su casa tiene, aunque fuese el mas rico, no curaría el amor de ellas, y despreciaría al que se las ofreciese con gran desprecio, y le haría servir por fuerza; de manera que el amor es señor muy fuerte é inexpugnable cuando ha tomado posesión en el corazón de alguno. Pues siendo tal mi amor contigo, justo es que tú me respondas, amándome en igual fuerza y grado. Este es el sentido; declaramos agora algunas particularidades de la letra.

«Como sello en tu brazo;» quiere decir, en tu mano y dedo, donde está el anillo, y significa por el todo la parte. Por el vocablo *infierno* entendemos sepulcro, porque así lo significa aquí y en otros lugares de la Escritura, como en aquello de Jacob, *Génesis*, 37, que dice: «Descenderé al infierno;» que quiere decir: Esta desgracia de mi hijo Josef me ha de acabar y llevar á la sepultura. Donde dice «llamas de Dios», quiere decir *vehementísimas*. «Como montes de Dios» quiere decir altísimos, cedros de Dios crecidísimos; como aquello de David, salmo 35: «Es, Señor, tu justicia como montes de Dios.» Y de semejante manera de decir usamos los españoles y otras naciones para sublimar y engrandecer una cosa, que usamos de este nombre *divino*, diciendo: Es un hombre divino; tiene una divina elocuencia.

«Hermana en años pequeña, y tetas no tiene, ¿qué la harémos á nuestra hermana el día que de ella se hablare?» Despues que las mujeres están casadas, y por su parte contentas con su nuevo esposo, suelen acudir nuevos cuidados de remediar y poner en cobro las hermanas menores que en casa de sus padres quedan, y comienzan desde entonces á mirar por ellas y por su honra, y sus esposos las ayudan tomando por suyo el negocio de las amadas cuñadas. Este mismo cuidado

le mueve agora á esta contentísima esposa, y cuenta á su esposo cómo ellos tienen una hermana tan pequeña, que aun no le han nacido los pechos, y que es hermosa, y que por ser así no le faltarán nuevos enamorados; y siendo, como es, niña y simple y sencilla, no tendrá valor para recatarse y mirar por sí; por tanto, que es menester mirar cómo la guardarán y qué harán de ella hasta que venga el tiempo de casalla; que esto quiere decir «el día que se hablará de ella». A esto responden ellos mismos que será bien tenella encerrada en un lugar que esté muy fuerte, y que así, se ha de hacer algun edificio de paredes para ello, que sea tan fuerte, tan macizo, tan liso por defuera, como si fuera de plata, que ni lo puedan quebrantar niñando-le ni por él trepando, y despues las puertas del tal edificio guarnescámoslas de muy fuertes y durables tablas de cedro, para que de esta suerte esté bien guardada nuestra hermana.

Estas palabras parecen ser dichas burlando, como si dijese: Si por vía de guarda lo habemos de hacer, hagámosle un palacio fortísimo, que no baste nadie á entrar donde ella está; mas en fin dice: Todo esto no es menester; y la causa es por lo que añade: «Yo soy muro,» que es decir: Si yo no estuviera casada con tal esposo como el que tengo, tendríamos necesidad de tratar de sus negocios para la guarda de mi hermana; mas agora, estando yo tan amparada con la sombra de mi esposo, tan honrada con su nobleza y tan acatada por su causa, yo sola basto para hacer segura á mi hermana, no hay para qué tenella encerrada de esa manera, sino traella conmigo, junto á mí y abrazada á mis pechos, que no hay quien la ose ofender, porque no hay muro tan fuerte como yo, ni hay torres tan fuertes como mis pechos y la sombra de mi seno; y esta fortaleza tengo yo desde el tiempo que comencé á agradar á mi esposo y le parecí bien á sus ojos, y él comenzó á comunicarme su amistad. Esto es dicho siguiendo el parecer de algunos; mas á mi juicio, todo este lugar se puede entender de otra manera mas llana y mejor, diciendo que la esposa, movida del natural cuidado del bien de su hermana, conforme á lo que dijimos acontece comunmente á una doncella cuando se ve casada y remedada, desea luego el remedio de sus hermanas las demás. Así que, movida de esto, pregunta á su esposo la manera que tendrán, no en guardar ni encerrar á la pequeña hermana, sino en aderezalla y atavialla bien el día de las bodas y al tiempo de casalla, de manera que parezca bien; porque, como dicen, la pobrecilla, por la edad y por su propia composición, no tenía pechos y era menudilla y de no muy buena disposición. A esto responde que el remedio será vencer la naturaleza con arte, y cubrir el defecto natural con la gentileza y precio de los vestidos y arreos; como quien hermosea á un muro pintándole las almenas de plata, y aforrando una puerta con tablones y entabladuras de cedro por el mismo fin. Y diciendo y oyendo esto la esposa, viénesele á la memoria acordarse de sí y de su gentileza, y de la poca necesidad que tiene de semejantes artificios para agradar á su esposo; y agradándose consigo misma y saboreándose consigo misma de ello, dice: «Yo soy muro,» como si dijera: Dios

loado, que yo no me vi en esa necesidad de buscar artificios y afeites postizos para agradar al mi amado; que yo sin ayuda de hermosura ajena me soy el muro y las almenas y las torres de plata, y todo lo demás que dices. Por lo cual, como he dicho, se significa toda la hermosura advenediza y toda la gentileza añadida por arte. Prosigue:

«Una viña fué á Salomon en Bahalmón, entregó la viña á los guardas; cada uno trae por el fruto de ella mil monedas de plata; la viña mia que es mia delante de mí, mil para tí, Salomon, y doscientas para los que guardan sus frutos.» Despues que las mujeres se hallan con buenos y honrados maridos, para la sustentación de su familia es necesario que entiendan en allegar y guardar la hacienda, y cuanto mas honrada es y mas ama á su marido, mas cuenta tiene en esto, como parece claro en las parábolas ó los proverbios de Salomon. Y así, luego que esta esposa se casa tan á su contento, comienza á tomar cuidado de la hacienda, y espera de haber gran provecho, porque ella tiene una muy buena viña, como arriba la oímos decir; y como agora está favorecida con su esposo, ella tendrá gran cuidado de la guardar hasta que se coja el fruto, y no habrá quien ose apartarla de guardar su viña, como de antes hacían sus hermanos; y así, guardándola ella, como persona á quien le duele, estará mas entero el fruto de la viña y rentará mas. Y para decir esto, usa de un argumento entre sí de esta manera: Salomon, el rey de Jerusalem, tiene una viña en aquel lugar que se llama Bahalmón, que quiere decir señorío de muchos, como si dijésemos en el pago de muchas viñas; y esta viña arriéndala Salomon á unos hombres para que la labren y guarden y le traigan mil monedas de plata del valor cierto de aquel tiempo por el fruto de ella, y que ellos se ganen lo demás; y de aquí concluye la esposa que por fuerza la su viña habrá de rentar mas que la de Salomon, porque la guarda ella, que es propia señora, y por la misma causa estaba mejor labrada que no la otra; y dice: Pues si la tuya, Salomon, te renta mil á tí, y los que la arriendan y guardan por lo menos la quinta parte, que son doscientos, ¿qué me rentará á mí la mia, de quien yo tendré tanto cuidado? Dicho esto, habla el esposo y dice:

«Oh tú, que estás en los huertos, los compañeros te escuchan; haz que yo oiga tu voz!» La viña de la esposa no estaba muy léjos de los huertos, como podemos colegir de lo que ella en el capítulo antecedente decía, convidando á su amado al campo: «Levantáremos de mañana, verémos las viñas y los huertos;» de manera que estando en los huertos, podría ver y guardar su viña; y como el esposo es pastor, conviéndole andar entre dia con su ganado; y así, se ocupaba el uno con el pasto, y el otro con la guarda de las viñas y en aderezar también alguna cosa del huerto, y que esto competía á la esposa; mas como se amaban tanto, no quisieran estar apartados uno de otro. Demás de esto, suele acaecer que cuando dos están en gran conformidad de estrecho amor, nunca faltan envidiosos que les pese de ello, porque ellos no tienen semejantes amores, ó porque naturalmente son envidiosos del bien ajeno, y cualesquiera señas ó cosas que ven pasar entre

los buenos amantes les es enojoso y grave; y de esto, reciben gran gusto los que mucho se aman, porque no solamente con estas muestras hacen pesar á los émulos, mas acreciéntase también su amor, que parece que el atizar del contrario les enciende mas el amoroso fuego de sus corazones.

Esto es lo que pasa en la letra presente, que el esposo dice á su amada: Cuando tú estuvieres en los huertos guardando las viñas, é yo anduviere en el campo apacentando el ganado, canta alguna canción que pertenezca á nuestro amor, de manera que yo la oiga y me goce mucho, por ser tu voz que yo tanto amo, y los pastores que estuviesen escuchando revienten de envidia. La canción que la esposa dice para estos propósitos de mostrar el amor suyo y de su esposo, y de hacer rabiar á los émulos, es la que está luego á la letra, que dice:

«Corre, amado mio, que parezcas á la cabra montés y al ciervecito sobre los montes de los olores.» Como si dijese: Esposo mio, amado mio, gran deseo tengo de verte; no estés sin venir á visitar á tu esposa, acude de cuando en cuando á verla, y cuando vinieres no estés en el camino, sino muestra el amor que me tienes, no solo en visitarme á menudo, sino en venir mas ligero que la cabra montés y mas que el ciervecito que anda en los montes espesos, donde hay cedros, terebintos y otras plantas olorosas; porque bien sabes tú que corren con gran ligereza; no tardes, corre, amor mio verdadero, pues no puedo hallarme sin tí; con grande presteza acude á verme. Y podíase trobar esta canción en pocos versos, que dijese de esta manera:

Amado, pasarás los altos montes
Mas presto que el cabrito
De la cabra montés, y que el gamito.

Son tres piés de la canción de la esposa, con los que concluye Arias Montano la paráfrasis que hizo de los *Cantares*.

La virtud siempre fué y es envidiada de muchos, y para muchas gentes no hay dolor que mas les llegue al alma que ver á otros que tratan de amar y ser amados de Dios; y si pudieran muy á costa suya el deshacer esta santa liga, y desterrar la piedad del mundo, y poner perpétuos bandos y disension entre el divino Esposo y los hombres, y sacalle de entre los brazos, lo harían, y así lo intentan y procuran cuanto en sí es. Para contra estos le pide Dios la voz de su cantar y confesion, en que publique lo mucho que la quiere, que es un amargo y mortal tósigo para el gusto de sus envidiosos contrarios, los cuales son falsos y sembradores de la zizaña del demonio y sus bandoleros. A esto obedece la esposa, y el cantar de que usa para el gozo del esposo y rabia de sus enemigos, es pedille que se apresure y que venga, que es una voz secreta que, aguzada por el entendimiento del Espíritu Santo, suena de continuo en los pechos y corazones de los ánimos justos y amadores de Cristo, como lo testificó san Juan en el *Apocalipsi*, capítulo último, diciendo: «El esposo y la esposa dicen: Ven, Señor.» Y poco despues dice el mismo en persona suya, como uno de los mas justos: «Ven presto, Señor, Jesús;» la cual voz y petición es

una muestra de amor muy agradable y muy preciada de Dios; porque pedille que se apresure y venga, es pedille lo que se demanda en la oracion que él nos enseñó: que santifique su nombre, que lo ponga todo debajo de su poder y sus leyes, que reine enteramente y perfectamente en nosotros, y que vuelva por sí y por su honra, y ponga fin á los desacatos de los rebeldes contra la majestad de su nombre; que dé su asiento á la virtud, y usando de riguroso castigo, ponga en la mala reputacion que merecen á los vicios y á los viciosos; que todas ellas son cosas que, como dicen, le tañen y pertenecen, y tiene á su cargo de hacellas al tiempo que él sabe y tiene señalado, que es el del juicio universal, que con particular razon suele en la Escritura Sagrada llamalle dia suyo, porque es propio dia de su honra y gloria. Por donde el pedille que se acelere presto y que venga, á él le es por extremo agradable; y por el contrario, las es triste y aborrecible á sus enemigos; por-

que en descubrir ya Cristo su luz y resplandor enteramente por el juicio en el mundo, está el remate de todo su mando usurpado y tiranizado, y el principio de su abatimiento y mal perpétuo.

Pues este aceleramiento de la honra de Dios es el que pide en esta letra la esposa, como perfecta ya en el amor suyo, y el que cada cual de nosotros, si somos miembros de Cristo y si nos cabe parte de su divino espíritu, debemos continuamente pedille que le plegue, aunque sea á costa de asolar las provincias y trocar los reinos, y poner á fuego y á sangre todo lo poblado, y de trastornar el mundo; poniendo sus mas antiguas y firmes leyes, y allanando por el suelo los cerros y los montes, venir volando á deshacer las afrentas y baldones que cada dia recibe su honra, y volver por su honor, á quien sola y propiamente se debe toda gloria por los siglos de los siglos. *Amen.*

RESPUESTA

QUE DESDE SU PRISION DA Á SUS ÉMULOS

EL MAESTRO FRAY LUIS DE LEON,

AÑO DE 1573.

Donde haya alguna mayor dificultad, yo quisiera pasar en silencio por ella, porque no sé si hallaré palabras suficientes para declarar lo que siento; mas, pues la fuerza é injuria de mis enemigos me compele á ello, perdonarme han las orejas honestas y religiosas si para mi debida y necesaria defensa se levantara el velo con que san Jerónimo quiso encubrir la vergüenza que á su parecer halló en este lugar; y así, hablaré de las cosas que la naturaleza hizo para fin honesto, con palabras usadas, las cuales si el uso vicioso las entorpece, el juicio limpio y que trata solamente del conocimiento de la verdad, las limpia; porque á los limpios y buenos que no pervirtieron en nada el uso natural, todo lo natural les es limpio, y solo el vicio, que es desorden de la naturaleza, les ofende. Pues digo que san Jerónimo puso este rodeo de palabras: *Praeter id quod intrinsecus latet*, en lugar de lo que en hebreo se dice con una sola, la cual es *zama*, quiere decir, hermosura encubierta, habiendo él mismo en Isaías, al capítulo 47, donde está la misma palabra, trasladado por ella torpeza y fealdad; y así, sin declararme mas, añado que aquella palabra quiere tambien decir cabellos, á lo que propiamente llamamos en castellano, en las mujeres, copetes ó aladares; y yo, viendo esta significacion, que viene bien para el loor que allí el esposo pretende dar á los ojos de la esposa, decir que son hermosos entre sus cabellos, porque de ordinario algunos de ellos que se desordenan del orden y asiento que el artificio del tocado y trenzado pone en los otros, caen sobre la frente, y meneados del aire y del movimiento, andan como jugando sobre los ojos; y así, cubriendo á veces y descubriendo sus luces, les son causa que parezcan mejor. Esto dije allí, y no quise descubrir mas la llaga, porque no era para aquel lugar ni para la persona á quien se escribió aquel libro; y lo que callé allí diré aquí, donde hablo con solos los hombres buenos y doctos.

Y lo primero de todo, digo que de cualquier manera de las sobredichas que traslademos aquel lugar, ora digamos: «Hermosos son tus ojos, demás y allende de lo escondido,» en substancia es la misma sentencia, y

por todas parece se consigue lo mismo que allí el Espíritu Santo pretende, que es loar la hermosura de los ojos de la esposa; y si estas razones en algo se diferencian, toda la diferencia de ellas no importa un cabello; y siendo esto así, decir que por ello me aparto de la Vulgata es por acaso calumnia, pues no me aparto en cosa que importe, ni lo que allí digo yo es propiamente desechar el texto latino, sino declaralle y reducirle á su significacion con una palabra, y como con mudar una sola letra.

Lo segundo, digo (y perdóneme el que lo leyere, que ni lo sé decir ni se puede decir de otra manera), pues digo que san Jerónimo entendió que la palabra *zama*, que habemos dicho, era el nombre propio con que en aquella lengua se nombran las vergüenzas de la mujer, como en castellano tiene su nombre, y en latin el suyo; y porque no se atrevió á trasladallo en latin por su vocablo, por no ofender los oídos, usó de rodeo y dijo como vemos: «Demás de lo que está allá escondido,» y siguió en ello á Simaco, que entendió lo mismo, y se aprovechó tambien para trasladallo del mismo artificio de significar por muchas palabras encubiertas honestamente lo que he dicho; pero la suya propia era deshonesto; y así, trasladó: «Hermosos son tus ojos, demás de lo que se calla.» Este parecer de san Jerónimo acerca de este lugar y palabra, yo confieso que ni me cuadró cuando escribia aquel libro, ni me satisface agora; y lo primero, mostraré que san Jerónimo dice esto, y que yo no se lo levanto; y lo segundo, diré las causas que tengo para estar poco contento de ello. Y cuanto á lo primero, séase él testigo de sí mismo, que en los *Comentarios sobre Isaías*, en el capítulo 47 alegado, en el libro xii dice así: *In eo ubi nos interpretati sumus; denuda turpitudinem tuam, pro quo 70 transulerunt... Revela operimentum... Aquila ipsum verbum haebraicum posuit... Zamathec. Simachus... Taciturnitatem tuam, quod taceri debeat prae verecundia. Quod quidem in cantico canticorum legimus; ubi sponsae pulchritudo describitur; ad extremum infert absque taciturnitate tua, nolentibus, qui interpretati sunt*